

La Camisa Blanca

Cansado, tras doce horas de arduo trabajo como temporero, se encaminó a su casa. Con tantos años, su cuerpo pedía descanso. Se sentó, apoyó su espalda en las tablas de su querida mediagua y reposo. Se quitó la camisa blanca, se levantó y abrió el grifo del callejón para refrescarse intensamente. El calor secó su cuerpo. Se miró en un espejo, ordenó su cabellera y se reprochó que la camisa estuviera algo amarillenta. Tenía tres camisas: dos para el trabajo y una, la mejor, para la misa dominical. Los domingos, Juan se “pinteaba”. Se vistió siempre con camisa blanca, no obstante los consejos en contrario que recibía. El fallecimiento de su esposa, ocurrido unos años antes, llevó a que su presentación personal dejara de preocuparlo, excepto cada domingo. Estaba delgado. Juan, espiritualmente, parecía feliz. En el trabajo se esforzaba cada día más. Sus caderas, sus sentidos y su respiración todavía resistían, aunque con mayores dificultados. Su vida comenzaba a apagarse lentamente. Juan dijo, al cumplir ochenta años, que “diosito” le permitía trabajar y respirar. Meses después, Juan enfermó. Su piel, con marcadas y secas grietas, sus brazos y piernas ya desobedientes, y su cansancio generalizado, acercaban su partida. Incluso, el color de su camisa palidecía. Solo y sin fuerzas, un sábado no despertó. Se quedó dormido para siempre.

Los vecinos reunieron dinero para la sepultura y para dejarlo “pintado”, porque el día siguiente... era domingo. Lo vistieron con una camisa nueva y blanca. Más blanca que nunca, como su alma tal vez. En el bolsillo de su chaqueta encontraron una fotografía de Juan junto a su mujer. Se veían sonrientes y estaban rodeados de buganvillas y rosas blancas... como su camisa. Pese a morir solo y pobre, Juan caminó por la vida bordeando la felicidad.